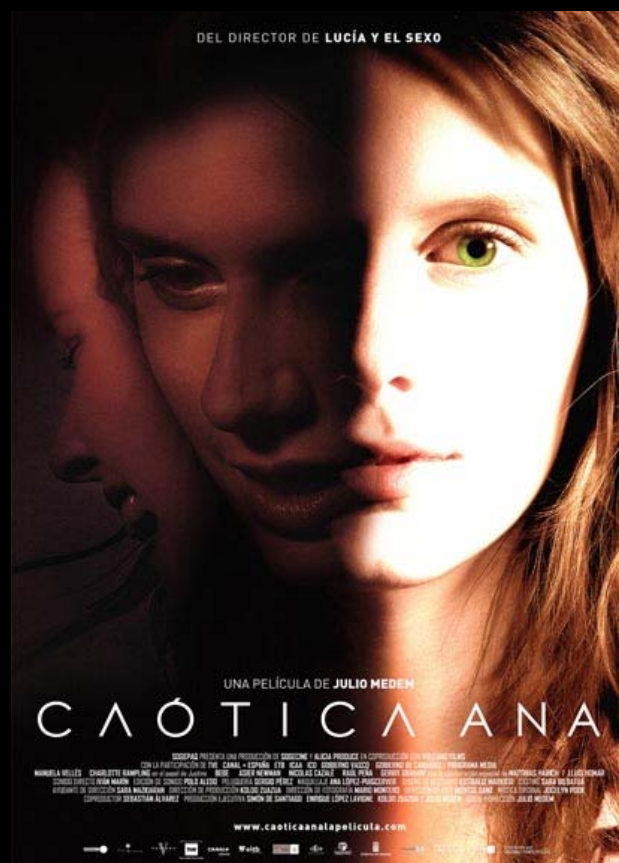


BINOMIOS

por Julio Medem

1. Apariencia y fondo // Luz y oscuridad
ANA Y ANA
2. La alondra y el halcón // Útero y hacha
ANA Y EL HOMBRE PÁJARO
3. Protagonista y antagonista // Caos y vigilancia
ANA Y JUSTINE
4. Tiempo y silencio // Felicidad y tormento
ANA Y SAID
5. Viento y tierra // El verde y el negro
ANA Y LINDA
6. Consciente e inconsciente // Puta y violador
ANA Y ANGLO



JULIOMEDEM.ORG

ANA Y ANA

Ana está dotada de fuerzas tan contrapuestas que es, sin duda, una de las criaturas de la especie humana más profundamente extremas que conozco; siempre refiriéndome a la diferencia entre apariencia y fondo, entre lo visible y lo invisible. De este claro-oscuro surge su caos.

Cuando comienza esta historia, con 18 años, verdaderamente ella no sabe el abismo que guarda su subconsciente. De ahí que su luminosa personalidad esté volcada en relacionarse hacia fuera, para distraerse, porque secretamente Ana contiene un oscuro paisaje de fondo, que teme. Y no es para menos, ya que la caravana humana que circula por sus entrañas, de vidas que aún palpitan, de jóvenes mujeres muertas aún deseosas de engendrar un campo infinito de niños que serán hombres buenos, encarriló sus primeros vagones hace dos mil años.

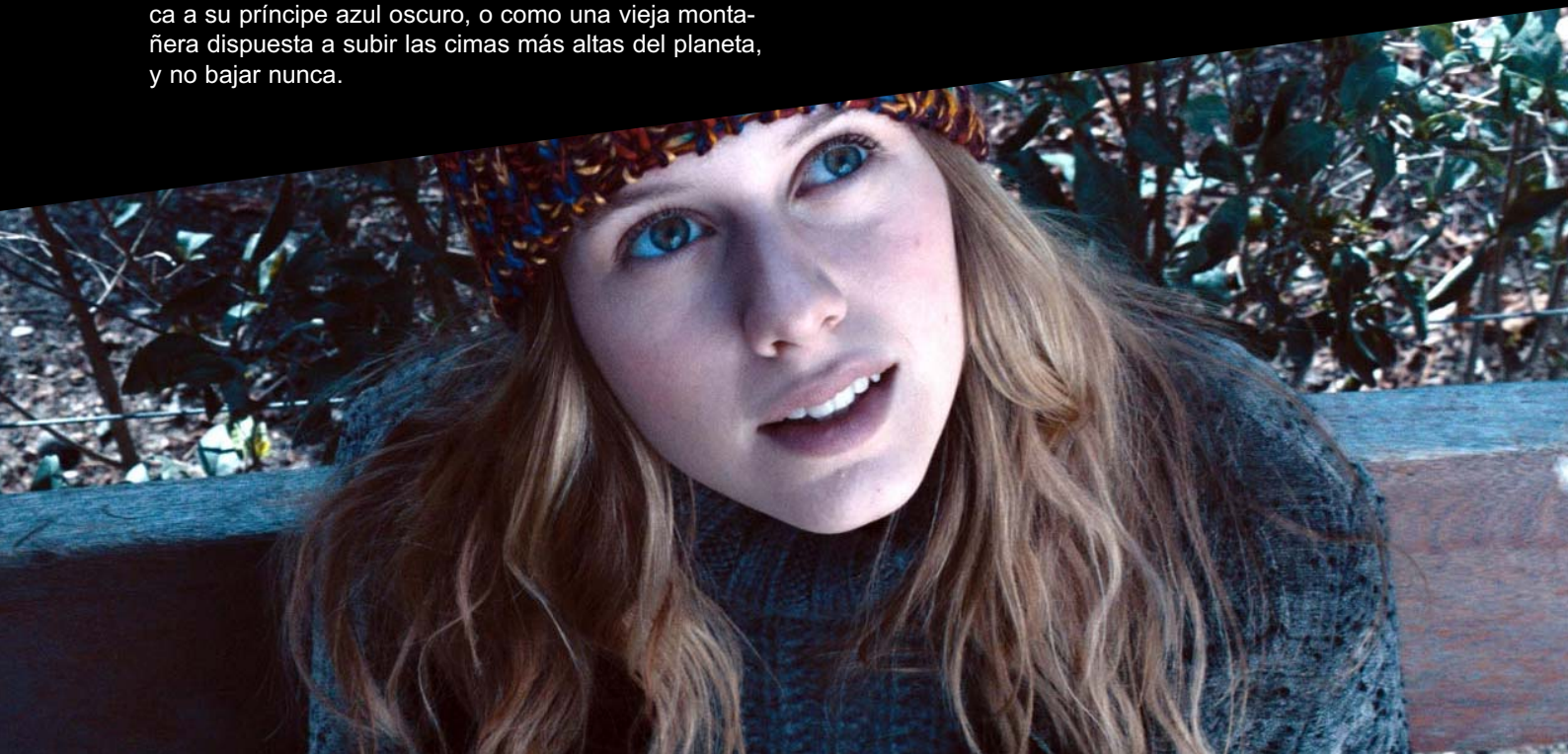
Pero vemos a Ana como una jovencita normal. Más bien parece "ultrarreal". Una hippie de nueva generación que pinta cuadros que salpican optimismo y felicidad. Una pintura a cera, naif y colorista, que forma un muro de protección lleno de puertas cerradas que poco a poco alguien llegado de muy lejos (del otro lado del Atlántico) le ayudará a abrir; rendijas al abismo.

Ana pisa su presente pero ya está poniendo el próximo paso por delante, por si acaso al tiempo se le ocurriera transcurrir más rápido. Ella quiere ser siempre la primera en apuntarse a lo que está por llegar, nunca a lo que ya ha sido, y menos a lo que está muerto. O apagado. O falto de color. Es una entusiasta del color, de lo surreal, de lo deseable... Y con el amor Ana se entregará en sacrificio, como una cría romántica a su príncipe azul oscuro, o como una vieja montañera dispuesta a subir las cimas más altas del planeta, y no bajar nunca.

Ana tiene cara de pájaro y huesos de cavernícola. Respira el aire más ligero aunque por sus venas corre sangre densa, oscura, vieja. Criada en una cueva de Ibiza ella disfruta soltándose y descubriéndose en Madrid; es una europea que siente que Nueva York es el mejor sitio para "estar". Hija de una bestia parda de padre, Ana se lanza al mar para salir del Viejo mundo, hacia el Nuevo, para cambiar el pasado grande por el presente grande. Pero siempre será la amante y madre de los dos mundos; amante herida y bestia madre.

Ana es la princesa y el monstruo de esta fábula contra la tiranía del hombre blanco; tiranía de género masculino contra el femenino, como primera causa de las desgracias de la Humanidad. Ana es presa fácil, auténtica carne de caza, pero también fina punta de lanza del escarnio y el escarmiento contra la injusticia del cazador blanco. Pero no parece exactamente un soldado, más bien es un polizón de una travesía a vela, o como mucho una terrorista sexual que no sabe del todo que si la Historia tuviera, en algún lugar, un poco de conciencia, (además de ser femenina) ella sería una de sus tesoreras.

Ana es una encantadora de lo naif porque en realidad no se habla con las fuerzas del tiempo, ni de la tierra, ni del fuego, ni del hielo... Aunque sean sus aliadas. Es una inconsciente genuina a la que hay que ayudar a volar, subiéndola eternamente. Queriéndola, siempre.



ANA Y EL HOMBRE PÁJARO

El vuelo plácido de una alondra, primero, y un halcón encapuchado posado en el brazo de su adiestrador, después, abren la película. Estamos en una finca de caza en Andalucía. La historia dará la vuelta a la acción que ocurre entre ambos pájaros, hasta llegar al clímax, localizado en una luminosa suite en lo alto de un moderno rascacielos de Nueva York, casi en el aire. Casi cerrando un arco mitológico.

Ana no es un mito, podría ser incluso lo opuesto, pero contiene el mito del caos, el mito femenino de la creación. Esta historia, es una construcción (en clave) mitológica, sobre la figura de Ana, pero a sus espaldas, sin que ella en principio lo sepa, y sin que, una vez que lo sabe, lo quiera. No lo ha elegido, lo lleva naturalmente y en contra de su carácter. Lo que vemos de Ana, cómo es y cómo se comporta, es la parte nueva, libre; lo que guarda es lo viejo y comprometido, sujeto al pasado. En Ana se da una intensa lucha en la que, en todo momento, lo individual vence e ignora a lo colectivo, hasta que al final de la historia, una pareja (una madre y un padre que han perdido a un hijo en una Guerra) le abren las puertas... En ese instante Ana es capaz de oír su voz más vieja, con una animosa energía femenina de acompañamiento... Y atraviesa el umbral. A partir de aquí, ella se pone en fila y se convierte en prolongación, en una más, la última, la única visible. Y desenfunda sus armas de mujer.

Sí, Ana intuye ya que puede jugar a representar el mito femenino de la procreación, que debe (aunque no sabe cómo y tendrá que improvisar) castigar al hombre de la Guerra. Un castigo poético en el que el mito femenino de la vida, ("la madre de los hombres buenos"), tiene todas las de perder contra el mito masculino del hacha. Este "acto poético" (como Ana lo llama) pone en marcha la ceremonia de su propio sacrificio.

Las actitudes entre ambos mitos y sus consecuencias se vienen repitiendo desde el inicio de la Humanidad, así que sabemos de sobra que la mujer es muy capaz de procrear (está muy capacitada para ello) y el hombre está muy capacitado para matar (sí, es muy capaz).



ANA Y JUSTINE



Justine es una mecenas francesa que conoce a Ana en la isla de Ibiza y se fascina con su radiante personalidad y su forma de expresarse a través de sus cuadros pintados a cera, coloristas y sin aparente profundidad. Al proponerle que se vaya a Madrid a su residencia de artistas, intentará erigirse en la madre que no tiene.

Justine es una guía que a Ana le cuesta aceptar, por principio, por defensa y porque ya tuvo una madre, que la abandonó cuando ella era una niña. Una madre que ya olvidó sin ningún dolor. Ana cree que sólo necesita a su padre, (que también hizo de madre), al que llevará siempre dentro, él es el artífice de la gran confianza que ella siente por el sexo masculino.

Si Ana es el caos, o lo contiene en su abismo interior, casi a sus espaldas, Justine es el círculo, la matemática que impone los ciclos vitales, el orden adaptado a lo patriarcal. La vigilancia. El caos es femenino y es el origen de todo, lo decían los babilonios hace 4000 años, pero fue expulsado por el fanatismo del control. Por la ley y el orden de un único Dios masculino. Del caos se puede esperar también la imaginación, la creatividad; Justine lo sabe y lo cuida, aunque ella no lo contenga, por eso es una mecenas que tiene en Madrid un viejo palacete que sirve de residencia para jovencísimos artistas que ella misma elige, y allí les deja sueltos para que se desenvuelvan en su desorden.

Pero Justine es quien exige a Ana que sea consciente de su representación, del sentido de su vida, de su necesidad de entregarse a una causa colectiva. Es la mujer sabia por la que no corre el río del caos, aunque sí sabe su significado femenino, y lucha para que Ana lo descubra y haga algo por todos. Justine es la maestra de ceremonias que tiene que convencer a Ana para que ejecute su castigo poético y se ofrezca en sacrificio en nombre de las mujeres asesinadas por el hacha del hombre pájaro, en aquella remota época en la que desaparecieron las diosas.

ANA Y SAID



Said es un joven pintor saharauí que perdió a sus padres en la Guerra contra Marruecos; una guerra de invasión civil y militar que dio como resultado que la inmensa mayoría del pueblo Saharaui tenga que vivir en unos campos de refugiados en Argelia, en el desierto de la Hamada. Así llevan más de treinta años, con lo que Said, junto a otros muchos huérfanos de guerra y el resto de los jóvenes Saharauis, no conocen su país. La primera proposición que le hace Said a Ana, nada más conocerse, es si quiere acompañarle a dormir, ya que duerme mal, sufre. Ana, sin embargo, duerme muy bien. "Nunca sueño. Debo tener alguna puerta cerrada". Esta defensa del subconsciente de ella es lo que le gustaría tener a él, "cerrar la puerta", pero no puede. Al contrario que Ana, Said no contiene nada dentro más que a sí mismo, pero es inmenso. Su vasto interior, que le da vértigo, es también su vasto exterior. Ese es su tormento.

Said es un joven superdotado (además de pintura estudia cinco carreras con un permiso especial del Gobierno Español), pero es también un hombre del desierto. Él mismo confiesa a Ana, en una de sus noches de angustia, que sufre al sentir que ve todo el paisaje, incluso el final, y asegura que tras el horizonte no hay nada. Para Said vivir es una pérdida de tiempo. Algo ocurre entre estos dos seres encontrados, una enigmática complementación que a ambos les ayudará a entenderse.

Él, que todo lo que hace es para poder ayudar algún día a su pueblo, está particularmente volcado en el estudio de la Biología Molecular, ya que su sueño más íntimo es que algún día se llegue a descubrir la manera de que "nuestra biología dure siempre". Said está convencido de que cuando "se nos acaba la biología, se nos acaba todo. El alma sólo tiene sentido con la biología". Ana le anima diciendo: "¡Pues venga, ponte a estudiar!". Pero el rumbo y los acontecimientos de esta historia irán planteando a su protagonista, que las vidas de todos nosotros están expandidas y conectadas desde el origen del tiempo, hasta un futuro que nos atrae, que nos reclama. Ana llega a decir a Said, en su cara, que después de la muerte (cuando se acaba la biología) estamos todos, "vamos sumando. Morir llena, no vacía". Contenemos la memoria de todo lo que ha sido y lo que es; existimos juntos vivos y muertos.



ANA Y LINDA

Ana y Linda se hacen amigas nada más conocerse, a pesar de que ambas traen vidas muy distintas y poseen personalidades opuestas; estas diferencias que enseñadas ellas se cuentan, las unen. Ana llega a Madrid pendiente de la ausencia de su padre, a quien lleva presente y a quien le escribe que aún siente su mano, apretándola fuerte, protegiéndola en la distancia. Pero Ana se mueve por la calle esquivando otras manos, en una danza con la que empieza a preparar su vida en solitario esperando que alguna mano de la gran ciudad algún día sea para ella. Linda sin embargo llega a Madrid sintiendo que ha dejado a una familia que no le gusta, a la que no necesita; a su padre por ser un egoísta que no sabe querer a nadie, y a su madre por estar sometida a él, como una pobre tonta que “cada día se está haciendo más pequeñita”. En su primer encuentro Linda se define como un ser de tierra, “supersólida”, mientras que Ana, desde sus ojos verdes, le confiesa que necesita que la sujeten, y acto seguido le coge la mano, la primera mano en su largo viaje.


Su nueva amiga Linda dice sin ningún pudor que los hombres son pollas con patas, “en el fondo son todos unos violadores”; a las mujeres las define como putas interesadas. Pero entre violadores y putas hay muchos puntos intermedios, como el que ocupa la propia Linda con sus contradicciones de mujer, y su pareja intermitente, Lucas, quien dice no creer en Dios, sino en la mujer, “mi única diosa”. Algo de este rango en cuyas escalas intermedias hay diosas y hombres que hacen la pelota a las mujeres (“para follar más, que es lo que

quieren todos”), ayudará a Ana a entenderse mejor, a saberse colocar ante su destino.

Por otra parte Linda, que es una video-artista, es la que graba las sesiones de hipnosis que Anglo hace a Ana. Es decir, es testigo de primera fila de su caos. Linda conoce a las dos Anas. Más bien a todas ellas. Verdaderamente Ana tiene suerte en encontrar en Linda a su primera amiga fuera de casa, su contraste, su raza, sus ojos negros, su acento con el que le dice “hay que mandar a la mierda a este mundo de machos que nos tiene a todos podridos por dentro”, Ana lo llevará en su equipaje hasta el final del viaje, y le ayudará a descubrir su sentido en la vida.



ANA Y ANGLO



En una de las cartas que Ana manda a su padre, le dice que están viviendo (incluye a Linda) con un joven "al que llamamos Anglo, por su acento, es de Los Ángeles". Desde el candor de Ana podemos entender mejor a este personaje, aparecido (con una desaparición) y llegado como un guía al que ella da la mano confiada, y cierra los ojos. Ana se entrega así a un experto en técnicas de hipnosis para que pueda abrirle las puertas de su caos, dejándose descubrir pero a condición de no ver nada, con lo que lo trágico puede discurrir sin recuerdos para ella, como una pesadilla invisible y silenciosa. Sólo la cámara de vídeo de Linda podrá grabar estos viajes al pasado.

En este caso, Ana consiente ser la "puta interesada" (como describe Linda a las mujeres) entregada a Anglo, una especie dulce de "violador" de muertas y de sus memorias. Consciente de su cobardía por no querer enfrentarse a sí misma, Ana llega a consentir a Anglo algo más, íntimo y físico, le ofrece su propio cuerpo durante las hipnosis, teniendo claro que la relación puta y violador nunca llegará al plano consciente.

Con el tiempo y esta entrega sin rumbo, Ana pierde parte del sentido de quién es ella misma. Ante la pregunta de porqué no tiene sus propios sueños, Anglo le dice que se tiene miedo, secretamente. No está claro que ella hay sido todas esas mujeres de las que habla en sus hipnosis, pero sí que forman parte de ella. Nadie existe sólo, nadie vive sólo. Todos somos lo que somos porque otros fueron lo que fueron. Anglo le pide que se mire dentro y se escuche, y Ana por fin acepta una hipnosis consciente, pero sólo quiere recordar ciertos momentos felices de una vida pasada que le interesan para su presente.

En este sentido se puede decir que "Caótica Ana" es una historia contra la tragedia, conducida por la fuerza del optimismo y la necesidad de ser feliz de su protagonista.

